

El último imperio

*Los días finales
de la Unión Soviética*

SERHII PLOKHY

T

TURNER NOEMA



Título:

El último imperio. Los días finales de la Unión Soviética

© Serhii Plokyh, 2014

Edición original en inglés: *The Last Empire. The Final Days of the Soviet Union* Basic Books, 2014

De esta edición:

© Turner Publicaciones S.L., 2015

Rafael Calvo, 42

28010 Madrid

www.turnerlibros.com

Primera edición: octubre de 2015

De la traducción del inglés: © Pablo Sauras Rodríguez-Olle-ros 2015

ISBN: 978-84-16354-64-1

Diseño de la colección:

Enric Satué

Ilustración de cubierta:

Enric Jardí

La editorial agradece todos los comentarios y observaciones: turner@turnerlibros.com

Reservados todos los derechos en lengua castellana. No está permitida la reproducción total ni parcial de esta obra,

ni su tratamiento o transmisión por ningún medio o método sin la autorización por escrito de la editorial.

A los niños de los imperios
que se liberan a sí mismos.

ÍNDICE

Introducción

Primera parte.

La última cumbre

- I Encuentro en Moscú
- II Un intruso en la fiesta
- III El pollo Kiev

Segunda parte.

Los tanques de agosto

- IV El prisionero de Crimea
- V El rebelde ruso
- VI El triunfo de la libertad

Tercera parte.

El contragolpe

- VII El resurgir de Rusia
- VIII Ucrania independiente
- IX Salvar el imperio

Cuarta parte.

La desunión soviética

- X El dilema de Washington
- XI El arca rusa
- XII El superviviente

Quinta parte.

Vox pópuli

xiii Expectación

xiv El referéndum ucraniano

xv La trinidad eslava

Sexta parte.

Adiós al imperio

xvi Fuera de peligro

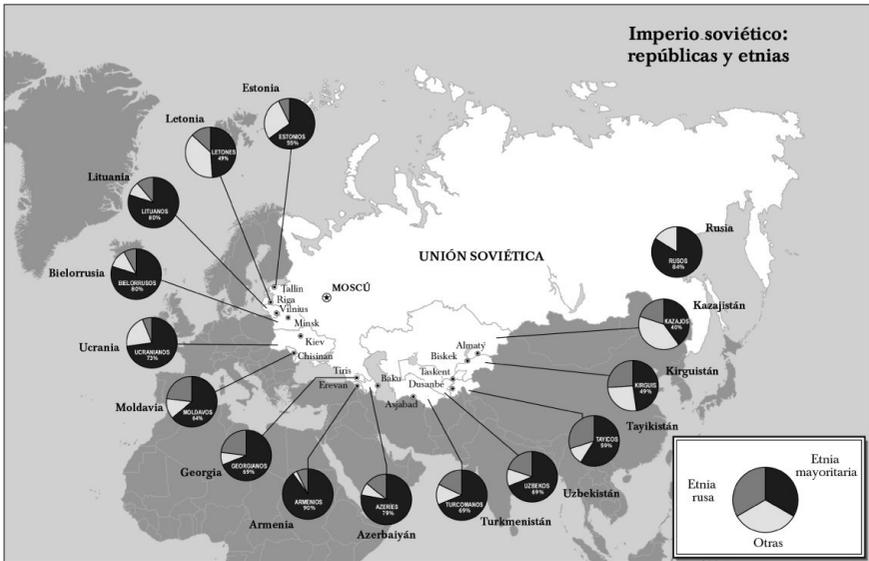
xvii El nacimiento de Eurasia

xviii Navidad en Moscú

Epílogo

Agradecimientos

Notas



INTRODUCCIÓN

Fue un regalo de navidad inesperado. En el cielo nocturno, por encima de los turistas que visitaban la plaza Roja de Moscú y de los rifles de la guardia de honor que desfilara hacia el mausoleo de Lenin, se arrió la bandera roja que ondeaba en el palacio del senado, sede del gobierno soviético y símbolo hasta hacía poco del comunismo internacional. Los millones de personas de todo el mundo que veían la televisión el día de navidad de 1991 no salían de su asombro. Ese mismo día, la CNN había retransmitido en directo el discurso en el que el último presidente soviético, Mijaíl Gorbachov, anunciaba su dimisión. La Unión Soviética ya no existía.

¿Qué acababa de ocurrir? El primero en responder a esta pregunta fue el presidente de Estados Unidos, George H. W. Bush. La noche del 25 de diciembre, poco después de que la CNN y otras cadenas se hicieran eco del discurso de Gorbachov y el arriado de la bandera en el Kremlin, Bush explicó a sus compatriotas lo que significaban las imágenes que habían visto, la noticia que habían escuchado y el regalo que habían recibido. Bush interpretó la dimisión de Gorbachov y la retirada de la bandera soviética como una victoria en la guerra que Estados Unidos había librado contra el comunismo durante más de cuarenta años. Más aún: la caída del comunismo suponía el fin de la Guerra Fría, y había que felicitar al pueblo estadounidense por el triunfo de sus valores. Bush utilizó la palabra "victoria" en tres frases consecutivas. Unas semanas después, en el discurso sobre el estado de la Unión, habló del derrumbe de la Unión Soviética, ocurrido en un año de "cambios casi bíblicos en su magnitud", y anunció que Estados Unidos ha-

bía “ganado la Guerra Fría por la gracia de Dios”, y que ahora nacía un nuevo orden mundial. El presidente estadounidense declaró ante los miembros del senado y de la cámara de representantes que el mundo, “dividido hasta ahora en dos bloques, ya no reconoce más que una única potencia hegemónica: Estados Unidos de América”. El público prorrumpió en aplausos.¹

Durante más de cuarenta años, Estados Unidos y la Unión Soviética se habían enfrentado, efectivamente, en un conflicto global que no había terminado en un holocausto nuclear de milagro. Varias generaciones de estadounidenses habían nacido en un mundo que parecía dividido para siempre en dos bloques, representados respectivamente por la bandera roja del Kremlin, y las barras y estrellas que ondeaban en lo alto del Capitolio. Quienes habían crecido en la década de 1950 todavía se acordaban de los simulacros de emergencia nuclear del colegio, con los profesores aconsejándoles que se escondieran debajo del pupitre en caso de explosión. Centenares de miles de estadounidenses habían luchado y decenas de miles muerto en dos guerras –la primera en las montañas de Corea, la segunda en las junglas de Vietnam– supuestamente destinadas a frenar el avance del comunismo. La cuestión de si Alger Hiss era o no un espía soviético había dividido a generaciones de intelectuales, y la caza de brujas desencadenada por el senador Joseph McCarthy había traumatizado a Hollywood durante varias décadas. Apenas unos años antes de la caída de la Unión Soviética, Nueva York y otras grandes ciudades del país se habían visto sacudidas por las protestas de los activistas a favor del desarme nuclear, asunto que había causado discordias familiares, enfrentando, por ejemplo, al joven Ron Reagan con su padre, el presidente Ronald Reagan. Estados Unidos y sus aliados occidentales habían librado incontables batallas en una guerra que parecía no tener fin. Ahora, un enemigo armado hasta los dientes y que no

había perdido ni una batalla se desmembraba en doce estados sin que se hubiera disparado un solo tiro.

Había motivos de celebración, pero, por otro lado, era extraño y hasta inquietante que el presidente se apresurara a declarar la victoria de su país en la Guerra Fría el mismo día en que Mijaíl Gorbachov, principal aliado con el que habían contado Reagan y Bush en su empeño por terminar esa guerra, anunciaba su renuncia al cargo. Aunque la dimisión de Gorbachov suponía la liquidación simbólica de la URSS (que se había disuelto formalmente cuatro días antes, el 21 de diciembre), en realidad el objetivo de la Guerra Fría nunca había sido la disgregación del estado soviético. Además, las palabras que el presidente estadounidense dirigió al país el 25 de diciembre de 1991, así como el discurso sobre el estado de la Unión de enero de 1992, contradecían las anteriores declaraciones de la administración Bush, según las cuales la Guerra Fría no se terminaría enfrentándose a Gorbachov, sino alcanzando un acuerdo con él. La primera vez que el gobierno de Estados Unidos se había expresado en estos términos había sido en la cumbre que celebraron los dos presidentes en Malta en diciembre de 1989; y la última, en el comunicado emitido por la Casa Blanca unas horas antes del discurso de navidad de Bush, donde se alababa la colaboración de Gorbachov: "El presidente Gorbachov ha trabajado con el presidente Reagan, conmigo y otros dirigentes aliados, actuando con audacia y decisión para poner fin a las tensiones de la Guerra Fría, y contribuyendo así a reconstruir una Europa libre y unida".²

El discurso de navidad indicaba que el presidente Bush y los miembros de su administración habían cambiado radicalmente su actitud ante el antiguo socio soviético, así como su estimación de la influencia estadounidense en los acontecimientos ocurridos en la URSS. Si Bush y su consejero de Seguridad Nacional, el general Brent Scowcroft, habían insistido durante la mayor parte del año en que esa influen-

cia era limitada, ahora, de pronto, se atribuían el mérito de la transformación política más importante que se había operado allí. La nueva versión oficial de lo sucedido empezó a circular coincidiendo con la campaña para la reelección de Bush, e iba a convertirse en un relato muy extendido, si no el dominante, sobre el final de la Guerra Fría y el surgimiento de Estados Unidos como única superpotencia. Este relato, que tenía mucho de mítico, identificaba el fin del conflicto entre los dos bloques con la caída del comunismo y la disolución de la Unión Soviética, y, lo que era más importante, las consideraba resultado directo de la política estadounidense, así como una gran victoria para ese país.³

El presente libro impugna esta interpretación triunfalista del derrumbe del estado soviético basándose, en parte, en los documentos depositados en la biblioteca presidencial George H. W. Bush, desclasificados hace poco, entre ellos los memorandos de sus asesores y las transcripciones de sus conversaciones telefónicas con los dirigentes de otros países. El material recién divulgado indica con más claridad que nunca que el presidente y sus consejeros se esforzaron por prolongar la vida de la Unión Soviética, porque les preocupaban tanto la ascensión del futuro presidente ruso, Boris Yeltsin, como el afán independentista de las otras repúblicas; y porque querían que, desaparecida la Unión Soviética, Rusia se asegurara el control exclusivo sobre el arsenal nuclear y mantuviera su influencia en el espacio postsoviético, especialmente en las repúblicas centroasiáticas.

¿Por qué adoptaron esta política los dirigentes de un país que supuestamente seguía librando con su adversario la Guerra Fría? Los documentos de la Casa Blanca, junto con otras fuentes, nos permiten responder a esta y otras preguntas importantes que se plantean en este libro. Veremos cómo la retórica de la Guerra Fría chocó con la *realpolitik* en un momento en el que la Casa Blanca intentaba sal-

var a Gorbachov, al que consideraba su principal socio en el escenario mundial, y para ello estaba dispuesta a aceptar la continuidad del Partido Comunista y del imperio soviético. Su objetivo primordial no era ganar la Guerra Fría, que de hecho ya había terminado, sino evitar una guerra civil en la Unión Soviética, pues existía el temor de que este conflicto convirtiera el antiguo imperio zarista en una "Yugoslavia con armas nucleares", por utilizar la frase que acuñó la prensa. La era atómica había cambiado la naturaleza de la rivalidad entre las grandes potencias y redefinido los términos "victoria" y "derrota", pero no había atenuado la belicosidad de la retórica oficial ni afectado a la mentalidad de la gente corriente. La administración Bush se vio obligada a cuadrar el círculo, conciliando las ideas y el lenguaje propios de la Guerra Fría con la realidad geopolítica inmediatamente posterior al conflicto. Hizo lo que pudo, pero sus acciones fueron mucho más acertadas que sus palabras, que brillaron por su incoherencia.

Es comprensible el entusiasmo de los políticos estadounidenses ante los acontecimientos de finales de 1991: al ver cómo se arriaba la bandera roja del Kremlin, seguramente recordarían los sacrificios que había hecho su país durante el enfrentamiento global con la Unión Soviética. Es fácil, incluso, compartir ese sentimiento. Ahora, sin embargo, casi un cuarto de siglo después, conviene analizar lo que realmente ocurrió con actitud desapasionada. El discurso según el cual la caída de la URSS se debió al triunfo de Estados Unidos en la Guerra Fría llevó a sobrestimar el poder de este país en un periodo —el decenio anterior a los atentados del 11 de septiembre y la larga guerra de Irak— en el que era más importante que nunca no engañarse al respecto. Los relatos basados en una idea exagerada de la influencia estadounidense alimentan hoy las teorías conspirativas de los nacionalistas rusos: el derrumbe de la Unión Soviética fue, según dicen, resultado de un complot de la

CIA. Tales teorías se difunden en las publicaciones electrónicas de ideología radical y hasta en las grandes cadenas de televisión rusas.⁴

Mi visión sobre lo ocurrido en los meses anteriores a la desintegración del estado soviético es mucho más compleja que la que se ha extendido hoy en los dos antiguos bloques antagónicos, y posiblemente causará polémica. Sostengo que el surgimiento de un mundo unipolar, caracterizado por la hegemonía estadounidense, tuvo tanto de casual como de intencionado. Conviene examinar de nuevo los orígenes de este mundo, así como las ideas y acciones –deliberadas o involuntarias– de quienes lo crearon, a ambos lados del Atlántico, si queremos comprender los males que lo han aquejado durante los últimos quince años.

El presente libro analiza los acontecimientos decisivos que condujeron al hundimiento de la Unión Soviética. El concepto de imperio, al que aludo en el título, es fundamental en mi interpretación de lo ocurrido en 1991. Coincido con los historiadores y politólogos que sostienen que la derrota en la carrera armamentista, el declive económico, el movimiento democratizador y la quiebra del ideal comunista contribuyeron a la implosión soviética, pero no determinaron, en cambio, la desintegración territorial, fenómeno que se explica por el carácter imperial, la composición multiétnica y la estructura pseudofederal del estado. Ni los artífices de la política estadounidense ni los asesores de Gorbachov comprendieron del todo la importancia de estos factores.

Aunque a menudo se hacía referencia a ella simplemente como "Rusia", la Unión Soviética era, en realidad, una amalgama de naciones que Moscú controlaba alternando la fuerza bruta con la tolerancia hacia sus peculiaridades culturales. La represión fue sin embargo la tónica del periodo soviético. La Federación Rusa era la república más extensa

con diferencia, pero había catorce más. Los casi ciento cincuenta millones de rusos constituían apenas el cincuenta y uno por ciento de la población de la URSS, y los más de cincuenta millones de ucranianos –el segundo grupo más numeroso–, casi el veinte por ciento.

La victoria en la revolución permitió a los bolcheviques salvar el imperio ruso transformándolo en un estado cuasi federal, por lo menos en cuanto a la estructura constitucional. Pero este arreglo no libró a Rusia del destino que aguarda a todos los imperios: en 1990, la mayor parte de las repúblicas soviéticas ya tenían sus propios presidentes, ministros de Asuntos Exteriores y parlamentos elegidos más o menos democráticamente. Al año siguiente, el mundo comprendió por fin que la Unión Soviética no era Rusia.⁵

La caída de la URSS me parece análoga a la disolución, en el siglo XX, de los imperios austrohúngaro, otomano, británico, francés y portugués. Si llamo a la Unión Soviética el último imperio no es porque piense que nunca va a existir otro, sino porque ese estado fue el último representante del legado de los imperios europeos y euroasiáticos de la época moderna. Mi análisis parte de la premisa de que el poder imperial es incompatible con la democracia, y que este conflicto condujo al derrumbe del último imperio. Tras las reformas democráticas introducidas por Gorbachov en 1989, los políticos recién elegidos en Rusia eran libres para decidir si seguir soportando la carga del imperio, y los de las otras repúblicas, si estaban dispuestos a continuar bajo autoridad rusa. Los dos grupos acabaron por rechazar el sistema establecido.

Los primeros en hacerlo fueron los dirigentes de los países bálticos y del oeste de Ucrania, es decir, las regiones incorporadas por la fuerza a la URSS en virtud del pacto Molotov-Ribbentrop de 1939. Los siguientes fueron sus homólogos rusos y del este de Ucrania, que formaba parte de la URSS desde antes de la Segunda Guerra Mundial. Los repre-

sentantes democráticos de Georgia, Armenia y los países bálticos reivindicaron la independencia. En las demás repúblicas, las viejas clases dirigentes se aferraron al poder: Gorbachov, sin embargo, les retiró su apoyo, condicionando su supervivencia política a la celebración de elecciones libres, por lo que empezaron a pactar con las fuerzas democráticas. A raíz de ello, la Unión Soviética terminó desintegrándose en sus quince repúblicas.⁶

Mi relato se centra en un periodo –el comprendido entre finales de julio y finales de diciembre de 1991– en el que se tomaron decisiones trascendentales para el futuro de la URSS. En esos cinco meses se puede decir que el mundo cambió. Fue a finales de julio, apenas unos días después de que George H. W. Bush visitara Moscú para firmar con Gorbachov un tratado histórico de reducción de armamento nuclear, cuando el presidente soviético llegó a un acuerdo con Boris Yeltsin para reformar el sistema, y este pacto desencadenaría el golpe de estado de agosto. La dimisión de Gorbachov, a finales de diciembre de 1991, supuso el hundimiento definitivo de la URSS. Son muchos los autores que se han ocupado de la implosión del estado soviético, pero todos han pasado por alto el periodo decisivo comprendido entre el golpe de agosto y la dimisión del presidente. Algunos participan, conscientemente o no, de la tesis según la cual la desaparición del Partido Comunista determinó automáticamente la liquidación de la Unión Soviética: una idea errónea, como demostraré en el presente libro. En agosto, el partido ya no estaba en condiciones de mantener la unidad del país, ni la suya propia. La Unión Soviética quedó herida después del golpe, pero siguió en pie cuatro meses más. En el periodo examinado aquí –el otoño y los primeros días de invierno de 1991– se decidió el destino de las repúblicas que la integraban y –lo que no es menos importante– el de los arsenales nucleares.⁷